

# JOVEN, DOTADO Y VENTRUE

POR MAURICE BROADDUS

## I.

Se acumulaban los rumores sobre el aumento de los ataques de cazadores contra vampiros, aunque no es que los Ventrué reconocieran abiertamente tal preocupación. Octavius Malachi y su Progenie, Mararah, habían sido convocados a la gran cámara de Andronikos en las últimas horas de la madrugada. Octavius mostraba el desgaste espiritual de un hombre que hacía mucho que había olvidado su juventud. Tenía la cabeza llena de pelo color plata, el cual llevaba rapado de forma que enmarcaba su rostro junto con su barba y bigotes cuidadosamente recortados. Sus ojos azul claro eran como la escarcha sobre un lago. Octavius prefería vestir por completo de negro, lo que contrastaba con el vestuario verde y anaranjado de los patrones kente etíopes de Mararah. Él se vestía como el príncipe que era cuando Octavius lo Abrazó. Aun así, la carga de la responsabilidad recaía sobre él y sabía que su Sire tenía mucho por lo que responder.

Había guardias con toda su parafernalia apostados en cada entrada del gran salón de Andronikos. Octavius se ponía más rígido a cada paso, como si fuera muy consciente de que algo estaba mal. Mararah lo seguía, muy consciente de que era el único rostro negro de toda la sala. Los altos techos abovedados hacían que el resonar de sus pasos contra los suelos de mosaico sonaran como el solemne *stacatto* de un percusionista solitario.

Los vampiros reunidos quedaron en silencio cuando pasó la pareja. Toda la Gerusía había sido convocada a Roma con una amenaza implícita: faltar a esta asamblea concreta conllevaría un severo castigo. Los Antiguos Ventrué estaban sentados a lo largo de una plataforma elevada en cuidadosa disposición flanqueando a Andronikos, quien se encontraba en su trono en el extremo de la cámara.

Andronikos se reacomodó al acercarse la pareja.

El Príncipe Ventrue, primogénito de un senador romano largo tiempo muerto, poseía los cincelados rasgos de un patricio, una nariz aquilina y una lengua nacida para la elocuencia de un político de carrera. Tan valiente como licenciado, pasaba tanto tiempo en los campos de batalla como en las casas de placer. Los rumores se dividían acerca de cuáles de esas aventuras le habían costado el ojo. Una cruz gris cruzaba el negro de su pupila mermando su visión.

—Adelantaos, Octavius. No seáis tímido. —El meloso tono remilgado de Andronikos hacía imaginarse una serpiente lista para atacar.

—Mi señor. —Octavius se echó su capa negra a un lado e hizo una reverencia.

—Deseamos que presentéis a vuestro Neonato. —Andronikos hizo un gesto a la corte, el intento de una sonrisa amable en sus labios se asemejaba a un traje que no se le ajustaba.

—No es el momento. No he hecho petición oficial. —El juego de la política cansaba a Octavius.

Mararah creía que era una postura cuidadosa por parte de su Sire, dado que uno de sus Chiquillos había sido asesinado por un grupo de cazadores que se autodenominaba El Círculo No Roto. No pasó mucho antes de que Octavius decidiera Abrazar a Mararah.

—Hemos oído que habéis creado otro Chiquillo —dijo Andronikos—. Es extraño que no nos lo solicitaseis.

El Neonato había sido advertido incontables veces sobre cómo Andronikos temía la creciente influencia que Octavius tenía en el Clan y en la ciudad de Venecia.

—Tal es mi derecho como Antiguo. —Octavius clavó su mirada en él sin ceder un milímetro.

—Los Ventrue tenemos altos estándares acerca de a quién elegimos Abrazar. No hemos tenido ninguna oportunidad de... evaluarlo. —Andronikos no se molestó en ocultar su condescendencia. Su ojo marcado se fijó en Octavius—. Seguíis actuando como si las reglas de nuestra sociedad no se os aplicasen y os apartáis de las Tradiciones que he jurado defender. No hay protección para vos así.

Con eso, los guardias se pusieron firmes de golpe y dieron un paso al frente. Mararah se volvió, listo para defender a su Sire, pero Octavius puso una mano sobre su brazo. Mararah nunca le había parecido tan cansado. Tan resignado.

—Recordad siempre que cuanto mayor el Creador, mayor la creación —susurró Octavius, aunque Mararah creyó que quizás su Sire pronunció esas palabras directamente en su mente—. No se dan cuenta de que vos seréis mi venganza.

Los guardias apartaron a Mararah y desnudaron a Octavius ahí. Un grupo de Neonatos se situaron entre Mararah y su Sire por si éste decidiera enfrentarse a los deseos de Andronikos. Los guardias echaron una espesa capucha sobre la cabeza de Octavius y empujaron su rostro contra el mosaico. Octavius no se resistió. Entonces una figura surgió de detrás de Andronikos.

Argent el Temible.

Con casi 2,10 metros de altura, Argent vestía túnicas negras sin mangas para mostrar los músculos de sus brazos. Su cara de pesadilla era una madeja de arrugas como si su rostro se estuviera deshaciendo lentamente. El misterio rodeaba a su linaje y muchos dudaban incluso si era Ventrue o un aliado del Clan Nosferatu. Una teoría más oscura proponía que Argent, bajo la tutela de Andronikos, coqueteaba con la Magia de Sangre y que su extraña apariencia era el precio de sus errores.

Argent extrajo un hacha de la vaina que portaba a la espalda. Se puso sobre Octavius y aguardó. Andronikos asintió. Argent dio un hachazo en la espalda de Octavius con mano experta, atravesando con la precisión de un doctor piel y huesos hasta que extrajo un colgajo de carne. Octavius se negó a gritar, incluso cuando Argent comenzó a trabajar cuidadosamente en el otro lado dibujando un segundo colgajo hasta que pareció que a Octavius le había brotado un par de alas. Entonces, Argent frotó sal en la herida abierta con el entusiasmo con el que puliría su espada favorita.

Octavius aulló bajo los cuidados de Argent. El sonido le dio tal placer a Andronikos, que sonrió.

Mararah quedó congelado ante la imagen. Una incipiente rabia, fría y significativa, amenazaba con ahogarlo.

Argent colocó los marchitos pulmones de Octavius sobre las alas, y cubrió la carne expuesta con el tejido ennegrecido. Dos Neonatos acercaron cubos y empaparon el cuerpo de Octavius de cuello para abajo. Cuando los Neonatos se hubieron apartado del cuerpo, un par de centinelas pesadamente cubiertos en posición de firmes junto a los muros levantaron lentamente una cortina revelando una pequeña ventana. Para desazón de Mararah, los rayos del sol comenzaban a elevarse en el horizonte. Los rayos tocaron el cuerpo de Octavius, pero no estalló en llamas, como esperaba. En su lugar, el cuerpo de su Sire empezó a arder como las enrojeadas ascuas de una hoguera. La piel de Octavius se rajaba y llenaba de ampollas, pero ningún rayo penetraba en la bolsa sobre su cabeza. Gritó conforme su carne se ennegrecía, luego ardió lentamente hasta que sólo quedó su cabeza.

Argent alzó la bolsa mientras su pesado contenido se movía e hizo un gesto a los guardias para que tapasen la ventana. La cabeza de Octavius presionaba contra la tela, dejando la fantasmal impresión de que su boca estaba por siempre atrapada en un grito silencioso. Entonces presentó la bolsa a Andronikos.

Mararah miró las humeantes cenizas de su Sire.

—Estoy seguro de que Octavius vio en vos alguna clase de prodigio y os Abrazó con la errónea idea de que seriais fuerte y digno. Yo veo a un señor mestizo haciéndose pasar por un verdadero Ventrue.

Mararah se enfureció.

—Yo. Soy. Ventrue.

—Octavius ha sido ejecutado no sólo por su descaro, sino como ejemplo para los demás librepensadores. Podríamos habernos ahorrado vuestro colorido sentido de la moda —resopló Andronikos, deleitándose en las carcajadas de los vampiros que lo rodeaban—. Sin Octavius carecéis de estatus. Mirad a vuestro alrededor. Nadie seguirá a alguien de vuestra...

—¿...raza? —A Mararah le molestaba ser tratado como ganado que descartar o vender.

—Posición. No os ven como a alguien adecuado para gobernar. No es algo vergonzoso. No todo el mundo puede gobernar. No tenéis el privilegio de haber nacido en un Alto Clan o una familia destacada. Para la sociedad, la Iglesia o la corte del Príncipe, resultáis invisible y no sois ninguna amenaza para nosotros. Consideraos exiliado de Roma. —Andronikos se volvió con desprecio—. Tenéis el indulto de no más que una noche para abandonar los límites de la ciudad.

Manteniendo la compostura como cualquier auténtico Ventrue, Mararah observó las manos de los Neonatos que lo retenían. Un pensamiento ardía en su mente. No se atrevió a pronunciarlo en alto.

«Eso no es cierto. Tengo mi nombre y un día Andronikos recordará mi nombre».



Mararah andaba por el apretado y claustrofóbico cuchitril como una pantera agitada aprendiendo los límites de su jaula. Sin espacio para ventilar adecuadamente su furia, volcó la vieja mesa de madera, haciendo que los pesados platos volasen por la mesa. Después, el Neonato golpeó el muro tras él. La fuerza agitó las vigas y provocó que brizas del techo de paja volasen libremente. Pateó las formas de la pareja de campesinos que se acababan de sentar a cenar a la luz de la antorcha antes de que los interrumpiera y obligase a una viuda en ciernes a ver cómo drenaban la vida de su marido. Con su sed de sangre saciada, Mararah le partió el cuello a la mujer y descartó el cuerpo levantando una pila de carne. Se arrepintió por estar comportándose de forma poco digna para un Ventrue, pero su Bestia interior no siempre le permitía pensar con claridad. La Bestia se nutría de su furia, igual que él se alimentaba de sangre para sobrevivir.

Tras ser exiliado hacía dos semanas, todo lo que Mararah tenía era su furia. Se agitaba dentro de él como algo cálido que se desenroscaba en su interior. Una enervada rabia tan tangible que había tomado su pecho y le hacía difícil respirar. Un rugido inarticulado y grave comenzó a formarse en su garganta. Cerró los puños con la desesperada necesidad de algún lugar o alguien contra el que dirigir su rabia. No aquí, no en la campiña a millas de Venecia.

Una llamada en la puerta principal.

Mararah se aproximó al borde de la pequeña y cerrada abertura que pasaba por ventana y miró a través de las tablillas. Tras un rápido vistazo, se relajó y se hizo a un lado para permitir pasar a su invitado.

—Bienvenida, Pelamana. —Mararah se inclinó con una floritura.

Pelamana se inclinó ligeramente, más por respeto al entrar en la casa que por él. Era su costumbre. Como vazimba poseía un rostro alargado y labios gruesos; sus ojos eran de un marrón profundo de carácter cristalino. El pañuelo de su cabeza y sus ropas sueltas la marcaban como extranjera entre los venecianos, aunque la mayoría probablemente asumían que era una sirvienta. Aunque el Clan Ramanga solía aconsejar a los miembros del Clan Ventrue, así que sólo los estúpidos los consideraban sirvientes.

—Me gusta lo que habéis hecho con este sitio. Interesante forma de tratar con los campesinos, ¿no creéis?

Mararah cerró la puerta tras ella y no dijo ni una palabra. La mayoría de Ventrue se alimentaba de príncipes, reinas y familias gobernantes. Él se alimentaba de cualquiera que pudiera proporcionarle cobijo esa noche. No se atrevía a arriesgarse a establecer un refugio donde pudieran encontrarle con facilidad.

—La verdad sea dicha, la mayoría de campesinos son mejores cadáveres que los sirvientes.

Pelamana se deslizó por la periferia de la habitación como si evitase el agitado centro de una tormenta. Se detuvo cerca de donde había yacido la mesa, una dama en necesidad de asiento. Mararah levantó una silla y se la ofreció. Ella se sentó con toda la debida elegancia.

Mararah medio sonrió a pesar de su humor.

—Esto es por lo que os valoro, Pelamana. Siempre sois capaz de alegrar mi espíritu.

—Y yo pensaba que era mi belleza y mi sabiduría lo que atesorabais.

—Podría usar vuestra sabiduría ahora. —Mararah frunció los labios en una arrepentida mueca.

—Octavius no habría querido esto. —Su tono cambió de intensidad cortando su niebla de furia con la facilidad de una hoja a través de un pergamino. No alzó la cabeza a fin de evitar sus ojos. Luego continuó gentil, apenas por encima de un susurro—. Con vuestro Sire muerto, Andronikos es vuestro Antigo.

—No me habléis de Octavius —gruñó Mararah—. Vos no visteis lo que le hicieron.

—Era vuestro Sire. Es razonable tener ciertos sentimientos de... pérdida. —La voz de Pelamana se elevó al final, como si lo preguntase.

—¿Sentimientos? Eso es un lujo de los humanos. Nosotros somos mejores que eso.

—Olvidáis de que yo soy Ramanga, y aun así soy vazimba. Nuestra gente y nuestros monstruos son parte de la misma historia. —Los ojos de Pelamana se encendieron por un momento. Mararah se liberó de ella, sin darse cuenta hasta entonces de que ella aún lo sujetaba—. Los espías de Andronikos os vigilarán de cerca. Tendrá que estar distraído si queréis moveros con algo de libertad.

—Tendré que ver qué puedo preparar. —Mararah se volvió a los cadáveres apilados—. Quizás engendre mi familia a mi imagen. Y transmita todo lo que he aprendido.

## II.

El herrero apagó las llamas de su fragua. Se agachó para inspeccionar la última herradura del día. Satisfecho, agarró un par de tenazas para disponerlas con las demás. Se colocó la mano en los riñones según se erguía y se estiraba. Los fuelles se deshincharon, hundiéndose como pulmones que espiraban su último aliento. Después se aflojó el mandil de cuero que cubría su túnica, pero no se lo quitó.

Tres largas cicatrices surcaban su rostro. Había empezado a dejarse crecer la barba para ocultarlas mejor. La barba no era especialmente atractiva con su cabeza calva.

El sudor brillaba a lo largo de sus brazos musculosos. Se limpió la nariz con el antebrazo. Incluso tras cerrar la tienda, aún tenía deberes nocturnos que atender.

La puerta principal chirrió al abrirse. Sus bisagras necesitaban aceite desesperadamente.

—Estamos cerrados —dijo el herrero a su posible cliente.

—Tengo necesidad de vuestros servicios —dijo Mararah.

El herrero titubeó ante el sonido de la voz del hombre, aunque fuese por un instante.

—He dicho que estamos cerrados. Venid a verme mañana.

—Nadie tiene prometido el mañana. Aparte, necesito de los servicios de vuestros... esfuerzos nocturnos.

El herrero se volvió, la luz del reconocimiento en ciernes llenaba sus ojos.

—*Sois* vos.

Mararah entró y paseó a grandes pasos por el borde del taller del herrero mientras inspeccionaba sus mercancías. Se deslizó entre mesas y taburetes, junto al enorme yunque de hierro. Recorrió con sus dedos una amplia variedad de martillos, pero se detuvo para admirar la destreza de una pala.

—Los Malkavian afirman que la mejor arma es una pala.

—Se supone que estáis muerto.

—Se suponen muchas cosas sobre mí —dijo Mararah.

—Pero dijeron que....

—Sé lo que os han dicho. Una mentira fácil de creer porque ellos así lo querían. Que había caído en batalla. Que fueron capaces de acabar con el Chiquillo de un Antiguo, del propio Octavius Malachi, y que la única baja fue...

—Vos. —El herrero lo estudió con incredulidad.

—Sí. Yo.

—Pero, ¿cómo?

—Sabéis cómo. Parte de vos puede no querer creerlo. Incluso ahora, vuestro estómago se agría ante ese pensamiento, y os preguntáis si vuestro asco vale el tener que limpiar luego vuestra mesa de trabajo de vuestros vómitos. —Mararah abrió un armario. Estaba vacío, pasó su mano por el fondo hasta encontrar el pestillo oculto. Deslizó el panel trasero para revelar un alijo de armas. Tomó la primera hoja y la inspeccionó, luego la devolvió junto al resto—. Justo como recordaba.

—¿Qué queréis? —El herrero trató de mantener su fachada de bravura. Un lobo sorprendido en su propia madriguera era distinto de uno en el confort de su manada en una cacería. La mano del herrero danzó a lo largo de su mesa de trabajo con ociosa indiferencia buscando cualquier cosa que usar como arma.

—Sabéis lo que quiero. —Mararah abrió sus labios. Sus colmillos brillaron.

El herrero le dio una fuerte y buena patada, que hizo que Mararah rodara por encima de la mesa de trabajo, con los brazos girando para tratar de mantener el equilibrio.

La Bestia rugió, rabió, quería desbocarse y destrozar cualquier cosa a su paso. Pero Mararah la retuvo. Una fina sonrisa cruzó sus labios. Disfrutaba de cada momento del combate, se deleitaba con él. Le hacía sentir... No se permitió terminar ese pensamiento.

—Puedo oír la sangre latiendo en vuestras venas. Puedo oler vuestro miedo.

El herrero retrocedió como pudo, tirando clavos y herramientas de los estantes mientras buscaba frenéticamente un arma. Agarró su punzón y lo empuñó del revés. Mararah cargó lanzándose por encima de mesas y taburetes. Se enzarzó con él hasta que fueron un nudo de miembros. Alzando en brazos al herrero, lo estampó contra la puerta. La fuerza del impacto sacudió el marco y sacó la puerta de sus goznes. El herrero gateó tras la mesa volcada, pero el vampiro golpeó a través de ella.

Mararah le dio un garrazo. El herrero cayó de espaldas. La sangre empapaba su mandil. Clavó el punzón en el costado de Mararah esperando que se doblase de dolor. En su lugar, Mararah lo ignoró como si fuera una simple molestia, un eco de un recuerdo. Sorprendido, el herrero clavó el punzón de nuevo, su afilado filo se hundió en el muslo de Mararah, atravesando piel y músculo. Mararah chilló.

Su movimiento dejó una mancha de sangre, un rastro negro en la tenue luz.

Conforme el vampiro se alzó, un rugido atrapó su garganta. Enderezándose, elegante, musculoso y revigorizado por la pelea, Mararah sabía que podría ganar fácilmente esta batalla, pero quería hacerlo en sus propios términos. Rio, una cosa aguda y gutural que se derrumbó hasta ser un aullido no-muerto. Así es como debería ser.

Poniéndose a prueba a sí mismo y sus límites, Mararah se precipitó a lo largo del muro y saltó, haciendo que su peso estampase el armario y la mesa de forma que atrapasen al herrero. El hombre se retorció, sus piernas eran como las de un insecto sobresaliendo bajo una piedra pesada. Mararah saboreó el momento. El momento *justo antes*, justo antes de que se percatase que su vida había llegado a su fin. La velocidad del ataque no dejó tiempo para ninguna emoción, ni miedo ni pavor, pero en ese momento, la profundidad de sus emociones lo embargaba y amenazaba con ahogarlo. Ese momento.

—Tengo necesidad de vos de nuevo. El círculo seguirá sin romperse —dijo Mararah.

—Preferiría morir —escupió desafiante.

—Lo sé. Pero necesito vuestro odio, rabia y habilidad. A mi servicio aún podéis cumplir vuestra misión. —Mararah abrió lentamente sus fauces y descendió hacia la garganta del herrero. Una vez llamó amigo a ese hombre, pero ahora pensaba en él como medio para un fin. La sangre caliente del herrero corrió por él tan cálida que Mararah casi siguió bebiendo aunque sólo fuese por mantener el placer. Pero se detuvo poco después y se apartó. Con su larga uña se cortó la muñeca y su sangre goteó a la boca del herrero. Los ojos del herrero se abrieron cuando se percató de en qué iba a convertirse.

—No quiero ser como vos.

—Lo siento, viejo amigo. Sabed que os prometo lo que Octavius, mi Sire, me prometió: dificultades, servidumbre y un doloroso final. Al final. Lo que creemos hasta ese momento es todo nuestro.

—Entonces acepto este oscuro don y haré vuestra voluntad —dijo el herrero, retorciéndose conforme sentía que su cuerpo comenzaba a morir—. Por ahora.